

largo y angosto, que como que se balanceaba, dependiente de una masa negruzca que se sumergía en las aguas.

Como la navegacion en último término es el abandono de la personalidad; como el ócio es una llama solapada que consume los jugos del espíritu; como la expectativa del acaso, luego que se prolonga produce la indolencia, que es una especie de catalepsia para el alma, cualquier accidente cobra desusada importancia en el mar.

La rama vagamunda que se balancea sin rumbo en las olas, la gaviota que sigue al barco para merodear sus desechos y nosotros la creemos cortejo cariñoso, el pájaro perdido en el rastro de humo que deja el vapor, y forma como hileras de árboles y cimas de montañas en el vacío, todo nos despierta, nos interesa, lo encadenamos al mundo que hemos dejado, lo atesoramos, como atesora el pájaro los granos de la planta, y todo lo convierte en reliquia nuestro apartamiento de la madre tierra.

Se agobia con preguntas á los viejos marinos y á los navegantes aguerridos, que por su parte se hacen los menesterosos y dan valía á sus conocimientos, viendo con cierta piedad á los neófitos.

—Ya verá vd., me decía uno de esos marinos viejos, poseído del provincialismo de las aguas; ya verá vd. si admite comparacion aquel mar encallejonado y mezquino de Veracruz, con este mar que es un señor mar.

En aquel mar se revuelven las olas como las nueces en un talego; aquí, no señor, parece que se arrancan del confin del cielo y vienen inmensas y se elevan poderosas y se rompen á los piés de vd., que ve como despedazarse un universo de cristales.

Vea vd. qué costas inmensas y desiertas con acceso por todas partes. . . . dígame si con dos buquecillos como cáscaras de coco y cuatro gatos de resguardo se podrá evitar el contrabando. ¡Y qué costas! Vd. no puede calcular, aunque quiera, la inmensa riqueza de ese *Valle de Banderas* que tenemos al frente y el partido que podría sacarse para la exportacion. Solo en maderas posee tesoros que no se pueden ni valuar; tiene vd. ébano en abundancia, *Primavera*, que es la codicia de los artistas, linaloé aromático, moral, huayacan y otros muchos árboles preciosos. Pero desde aquí hasta Compostela, donde vamos á llegar, el tabaco crece casi espontáneo, y bastaría un ligero cultivo para hacer de ese ramo un venero inagotable de riqueza.

¡Oh y qué atención tan especial merecen los puertos del Pacífico! Sin los puertos de depósito en estas costas, sin las franquicias arancelarias, se perderán para siempre; no se canse vd.; la desmembracion del territorio, los compromisos de la independencia, no los procuran los yankees; los agentes de esa perdicion están en México, en las aduanas interiores, en las levadas, en la bestial proteccion á la industria, que no puede tener otra más eficaz que la libertad y la seguridad.

Aquella rinconada que se ve desde aquí, es Ipala.

—Sí, señor, es el puentecillo en que han hecho tantos su fortuna. . . . á poco distinguimos á San Blas, encapotado sesgo entre las rocas, como si quisiera sustraerse á toda vigilancia. El clima dicen que es pésimo.

—Así, así; al que perdona la fiebre, le matan las calenturas, y al que no la disenteria; al sol se tuesta el cristiano, y á la sombra se encargan de la tarea de devorarlo los mosquitos y otros bichos.

Cuentan de un paisano que quiso venir á instalarse en ese puerto y paró en la casa de un andaluz su amigo. A las veinticuatro horas de estar en San Blas, ya ardía su alma y alzaba el grito al cielo. Quejóse con el andaluz; éste, sin chistar palabra, le tomó por la mano y le llevó al templo: le colocó frente á Señor San Blas, patrono de la ciudad; el santo está muy fresco, con su monterilla puntiaguda, su aire resuelto como el de un majo, el brazo tendido y en alto dos dedos de la derecha mano.

—¿Ve vd. ese caballero? dijo el andaluz á su amigo.

—Lo veo, ¿y eso qué me importa?

—¿Sabe vd. lo que quieren decir esos dos dedos?

—No, señor.

—Pues quieren decir . . . ó aguantarse, ó largarse.

—Vdes. ven que el santo no se anda con chiquillas ni con escrúpulos de monja.

Poco despues de amanecer el 19, y en la mañana más alegre y fresca que puede darse, nos encontrábamos frente á Mazatlan.

Mazatlan se percibe á poco más de dos millas, le forma el mar una herradura inversa á la bahía que cierran enormes peñas, que dan idea como de que el mar corre entre ruinas á estrecharse con la alegre ciudad.

Las casitas blancas del puerto parece que bajan en tropel de la colina, atravesando arboledas, trepando sobre las rocas, corriendo por la playa en tumulto, llevando en alto astas, torres y banderas que flotan en los aires.

En la bahía percibimos una que otra nave; pero en cambio, multitud de botes cayucos y embarcaciones pequeñas, ya tendiendo sus velas, ya abriendo y cerrando en afanosa

marcha sus remos, como las largas patas de animales acuáticos.

Dirigiéronse al vapor, como parvada de aves, algunos botes oficiales, otros rodearon el buque como hormigas un terron de azúcar . . .

Como he dicho, contábamos con hacer pié en Mazatlan; pero los hados lo dispusieron de otra manera, y de un modo inesperado, instantáneo, nos encontramos con que debíamos seguir á California. El cambio era súbito y la cuestion de presupuesto, entre otras, se nos presentó con toda su tremebunda deformidad.

Antes de partir, visitaron nuestra embarcacion los Sres. Kelly, Ferreira y otros nobles caballeros que nos hicieron generosas ofertas y se apresuraron á aliviar la suerte de los compañeros, que no por no aceptar sus favores dejaron de reconocerlos en lo más íntimo de sus corazones.

Yo recibí especiales atenciones de mis amigos Joaquin Redo y su esposa, honra y decoro de las matronas de mi patria; á esas personas quiero consignar este recuerdo de tierna gratitud.

En Mazatlan se verificó la desmembracion completa de la familia embarcada en el Manzanillo; hombres heróicos, corazones nobles, caballeros sacrificados á la idea del deber, caian como náufragos en una playa que pudieran llamar extraña, sin recursos, sin arrimo, sin otra expectativa que la de la persecucion y la miseria, y sin haber salvado otra cosa que la dignidad del hombre y las inspiraciones de la conciencia.

Vuelta la proa á San Francisco, alzadas las áncoras, viendo perderse en el horizonte las alturas de Mazatlan, como se

extinguen las luces de un festin nocturno, se abatió sobre nuestras frentes la tristeza y seguimos al destino, oyendo el resoplar del vapor y sintiendo cimbrar bajo nuestras plantas el costillar del buque que cortaba impetuoso las olas.

La noche fué sombría; á deshora, D. Juanito, que se paseaba haciendo X por el salon, sin duda por el recio movimiento del buque, entonó una melodía de Shubert, acompañándose con el piano, tan tierna, tan hondamente sentida, que me pareció que habian encontrado acento todas las dolorosas amarguras, que hechas lágrimas estaban al desbordarse de mis ojos.

Llegó el momento de hacer formal conocimiento con la cocina americana.

Anúncianse las comidas con un instrumento especial que hace las veces de campana. Este instrumento es un disco de hoja de lata más grande, pero de la figura de un *comal*; á este disco, se golpea con un bolillo dejándolo resbalar vibrante, lo que produce estrepitosas notas; mejor dicho, una algarabía de ruidos encerrados en un solo ruido, de venirse el mundo abajo. Ese escándalo de hoja de lata, se llama *gongo*.

Un chino lo suspende por uno de sus lados, tomando por punto de partida la cocina, empuña el bolillo y echa á correr por todo el buque, subiendo y bajando escaleras y armando una algazara verdaderamente infernal.

La gula tiene culto especial en un buque; se toma té, se toma *lonche*, se come, se cena, se vuelve á tomar té y las quijadas pueden resolver el movimiento perpétuo con poquísimos esfuerzos.

La mesa está cubierta de platos y escudillas pequeñas con

manjares, si es que tan lisonjero nombre puede darse á esas confecciones inventadas expresamente para martirio y sonrojo de los estómagos.

Maíces fresquecitos acabados de llegar de la milpa y á medio cocer, nadando en leche, con trozos de huevo empedernido, jitomates crudos que fungen, bien como frutas, bien como materia prima para ensalada, ramas colosales de apio, erguidas sobre pichelos y jarrones, tortillas de huevo que rociadas con melaza sirven de dulce, mantequilla que se mezcla indistintamente á las frutas, á las conservas y á las más repugnantes grasas, y unos pasteles de intestinos de calabaza mezclados con ruibarbo, capaces de resucitar á un muerto si se le pasa por la nariz.

Pero este es solo el pretexto; la verdadera confeccion de los manjares reside en el *convoy*, ó lo que se llama las *angarillas* ó *aceiteras* y sus *adminículos*.

Todos los cáusticos, todos los tósigos, todos los similares del aguarrás, del álcali y del petróleo, están encerrados en botellitas que hacen temblar las carnes, con los nombres de salsas, pikles, pimientas, polvos y sazones.

Llega el manjar, y caldo ó carne todo es uno, llueven polvos, vinagres, melazas, el caos de los sabores, la Babel de los tósigos; aquello se devora y su hervor se apaga con cerveza ó se inunda en agua, varias veces nauseabunda...

La mesa era, pues, la béstia negra para mis compañeros y para mí; pero pasadas sus embestidas, renacia el buen humor y se trataba de comunicar variedad al triste encierro que nos sujetaba.

El piano levantaba los ánimos, el aprendizaje del idioma estrechaba los vínculos, y la amabilidad mexicana hizo tales

conquistas, que á poco tiempo los chinos ensayaban dancistas, los empleados tarareaban el *sombrero ancho*, el servicio se relajaba y el capitán se tiraba las barbas al ver que la *fiebre mexicana* hubiese invadido su ántes silenciosa y austera mansion.

Un pasajero de la Baja California, ancho de espaldas, resuelto de mirada, pero de finas maneras, me sorprendió en la tarde dirigiendo piropos á las nubes, extasiado con el espectáculo magnífico de la caída del sol (ya es conocida de mis amigos mi manía de declamar mis versos al improvisarlos, manía que me ha valido algunos chascos).

El cuadro que yo tenía delante de los ojos era de una grandiosidad inexplicable.

Moles inmensas de nubes veíanse tendidas y como superpuestas en la dilatada extensión del horizonte; sobre aquella gradería aérea se condensaban grupos de nubes formando árboles, arcos, pirámides, cabezas de monstruos con garras y alas, caballos, columnas, ancianos de profusa barba y dragones gigantes: de las extremidades de ese horizonte amplísimo colgaban cortinajes caudalosos de púrpura, que se revolvan ó se derramaban sobre las gradas: el sol, primero apareció como en el centro de un pórtico fantástico y fué descendiendo tras la gradería, transparentándola, tiñéndola de escarlata, bordando de oro los cortinajes, circuyendo de ráfagas, árboles, arcos y columnas, dejando como en la sombra, rocas, ancianos y monstruos; descendió más y el globo inmenso de fuego tornó en raudalosas cataratas de llama las gradas, apareciendo el astro rey ahogándose en el infinito de luz que reproducían las aguas como incendiándose, en tanto que vislumbraba la luna en Oriente como

inundada en lágrimas al presenciar la agonía de su hijo, el padre del día. . . . El cuadro, aunque desnaturalizado por mi pluma, era magnífico, la tripulación entera asistía á él, ébria de deliciosa admiración. Yo estaba aislado, y como digo, declamando no sé cuantos disparates. . . . sentí á mi espalda un ruido y era el pasajero que me decía:

—Continúe vd., señor. . . . continúe vd., yo rezaba también como vd.

El pasajero es amigo del Sr. Pedrines, vecino de la Baja California, con quien por tal motivo contraje relación.

—Allí tiene vd. mi casa, esa es la Baja California, yo poseo unos ranchos cerca de San José. Ciertamente, continuó, que la Baja California no tiene los tesoros que la Alta; pero es opulentísima, son innumerables los ganados que sustenta, de sus minas tienen vdes. noticias bastante exactas por los escritos de los Sres. Esteva y Castillo, el comercio de la orchilla podría hacerse fecundísimo, la pesca de la ballena es ramo que ha producido cuantiosas ganancias y no tengo noticia de que se haga la pesca de la perla, que produce cuarenta y cincuenta mil pesos anuales, en mejores condiciones que aquí.

Sobre todo, hay islas no explotadas que encierran inmensas riquezas. ¿Vd. no tiene conocimiento del proyecto del Sr. D. Guillermo Andrade para enlazar por medio de comunicaciones rápidas, Guaymas, es decir, Sonora, la Baja California y San Francisco ó mejor dicho, para comunicar varios pueblos por el Golfo de Cortés?

—No, señor; pero debe ser de importancia, porque el Sr. Andrade es hombre calculador y audaz para los negocios.

—No sé los pormenores del Proyecto, aunque anda im-

preso en varias manos; pero sé que se reduce á pedir subvencion para las comunicaciones frecuentes entre esos puntos que á vd. digo, por medio de vapores que conduzcan pasajeros, carga y correspondencia.

Como complemento del Proyecto se pide la habilitacion como puerto de altura al de la Libertad, hoy solo de cabotaje, y el de San Felipe en la Baja California, cercano á los valles de la Trinidad, Santa Catarina y los placeres de oro que ahora se tienen que surtir de San Diego, con perjuicio de los intereses nacionales.

—De solo harina, continuó uno de los que estaban cerca de mi amigo, se consumirían más de 50,000 pesos al año. La harina de California, puesta en San Rafael, cuesta de cuatro á cinco pesos quintal, ó sean de doce á quince pesos carga; abierto el puerto de San Felipe, tendríamos carga de harina del Altar, por ocho pesos.

Lo propio que digo de la harina podría decirse del azúcar, manteca, jabon, tabaco, aguardiente, sal, maíz, frijol y otros artículos.

—Tiene vd. razon; yo he oido decir que artículos nacionales, como panocha, mezcal, sombreros, sillas de montar, zarapes, etc., tienen primero que ir á San Francisco, donde pagan derechos, y despues venirse á vender á la Baja California.

Esa tendencia á unirse una parte de Sonora en intereses con San Francisco, depende de las pésimas disposiciones fiscales, y el gobierno protegeria con solo no oprimir al trabajo.

Medio de oro hubiese yo dado á mis *vencedores* los proteccionistas de México, porque hubieran aprovechado las

lecciones sábias del Sr. Pedrines, á quien apedrearían sin duda los capataces de nuestros buenos y crédulos artesanos.

En estas conversaciones íbamos al frente del Cabo de San Lúcas: allí, en una humilde barca de pescadores, resuelto, y sin arrimo ni otra proteccion que la del cielo, ganó la playa nuestro caballeroso y leal compañero Antonio Gomez, que se separó de nosotros siguiendo la ruta que le marcó su sino.

La sencilla y majestuosa celebracion del domingo me conmovió profundamente.

Sin antecedente el más ligero, uno de aquellos caballeros, que en nada se diferenciaba de los demás, fué resultando sacerdote. Por supuesto que jamás le ví al lado de sobrinitas cariñosas de parecido perfecto del siervo del Señor; nunca le escoltaba un creyente de fisonomía humilde y estúpida; nunca manifestó esa superioridad del que por creerse en relaciones con el cielo, puede hacer de la tierra cera y pábilo.

El comedor se adicionó con una mesa cubierta con la bandera americana, y sobre la mesa un libro.

Detrás de la mesa estaba el sacerdote: en las bancas, y al rededor de las mesas se sentaron los creyentes; niñas primorosamente vestidas, señoritas adornadas con elegancia extraña, jóvenes y caballeros entre quienes reinaba el silencio y la compostura.

Nada más sencillo que aquel cuadro; pero el recogimiento, la seriedad y el espíritu religioso preponderante, convirtieron en augusto templo aquel departamento del buque y dieron solemnidad al que á primera vista parecia trivial espectáculo.

En determinado momento, el sacerdote inició, y los circunstantes formaron coros tan acordes, tan llenos de majes-

tad, que me encantaron; y cuando por las ventanillas del buque distinguía el hervor de las olas de oro que cortaba la proa, y cuando en los intervalos del canto se oía el respirar esforzado de la máquina titánica, domadora de las aguas: en algo de vago y de infinito, tendía sus alas el espíritu, sintiéndose como enaltecido y purificado por la manifestación del Hacedor Supremo en aquel desierto, en que como algas leves flotaban nuestras vidas en la inmensidad del Océano.

Después de los coros, pusieron los circunstantes en pie y el sacerdote hizo una invocación sublime, que conmovió profundamente.

Terminada la ceremonia, unas damas pasearon sobre cubierta, otras se refugiaron al salón, y yo, acurrucado en mi camarote, de pie y haciendo que una tablilla puesta sobre el colchón fungiese de mesa, improvisé los siguientes versos:

## AL MAR

Te siento en mí; cuando tu voz potente  
Saludó retronando en lontananza,  
Se renovó mi ser, alcé mi frente,  
Nunca abatida por el hado impío,  
Y vibrante brotó del pecho mío  
Un cántico de amor y de alabanza!

¿Te encadenó el Señor en estas playas,  
Cuando Satán del mundo  
Temerario plagiando el infinito,  
Le quisiste destruir, y en lo profundo  
Gimes ¡oh mar! en sempiterno grito?

Tú también te retuerces cual remedo  
De la eterna agonía;  
También como al ser mío  
La soledad te cercan y el vacío;  
Y siempre en inquietud y en amargura,  
Te acaricia la luz del claro día,  
Te ven los astros de la noche oscura.

A mí te ví venir como en locura  
Desparcido el cabello de tus ondas  
De espuma en el vaiven, como cercada  
De invisibles espíritus, llegando  
De abismos ignorados y clamando  
En acentos humanos que morían  
Y el grito y el sollozo confundían.

A mí te ví venir ¡oh mar divino!  
Y supe contener tanta grandeza,  
Como tiembla la gota de la lluvia,  
En la hoja leve del robusto encino!

Eres sublime ¡oh mar! los horizontes  
Recogiendo las alas fatigadas  
Se prosternan á tí desde los montes.

Prendida de tus hombros la luz bella,  
Forma los pliegues de tu manto inmenso.  
Entre la blanca bruma  
Se perciben los tumbos de tus ondas,  
Cual de hermosa en el seno palpitante  
Los encajes levísimos de espuma.

Si te agitas, arrojas de tu seno  
En explosión tremenda las montañas,  
Y es un remedo de la brisa el trueno,  
Terrible mar, si gimen tus entrañas.

¿Quién te describe ¡oh mar! cuando bravía,  
Como mujer celosa,